

EL DISCURSO DE JOSÉ VASCONCELOS SOBRE LA FILOSOFÍA FÍSICA

En 1910 José Vasconcelos pronunció su discurso sobre Don Gabino Barreda y Las Ideas Contemporaneas. Su propósito era de señalar los defectos y lo que él consideraba el defecto central de la Filosofía positivista implantada en México por don Gabino Barreda. Centrose la crítica vasconcelleana sobre la supresión total del modo de pensar teológico en el positivismo. Para Vasconcelos esto equivalió a una supresión de lo poético. Así interpretada la posición comteana era fácil para que, valiéndose de las más recientes explicaciones de metodología científica hechas por Henri Poincaré, Vasconcelos pudiera mostrar el papel importante que hacía en el establecimiento de las teorías físicas el albedrío y capricho humanos. Estos escogían de entre miles una sola similitud o analogía para servir de base a la rigurosa deducción matemática. A más de ser escogida esta semejanza, no

era ella siempre la mas evidente y ocurrente entre los hechos presentados al sentido. En tales circunstancias, decía Poincaré, era "preciso que el matemático trabaje como artista". (1) Apoyándose en este triunfo sobre el positivismo determinó Vasconcelos de enfocar su filosofía desde el punto de vista del artista que, a pesar de la vedación de Comte, obraba en lo escondido de las teorías científicas.

Concédase o no que la putativa refutación que Vasconcelos hizo del positivismo lo sea de veras, lo cierto es que tocó un problema de raíz mas hondo en el pensamiento de Comte. Y es que Comte pensó que el modo teológico de pensar perteneciera a una época determinada de la evolución humana y fuese ya, con el advenimiento de la ciencia positiva, definitivamente suprimida. Contra la supresión del modo teológico irguióse Vasconcelos diciendo que "el sentido poético es una manera de interpretación que no corresponde a un período determinado, sino a la naturaleza del entendimiento mismo". (2) Quisiéramos, por medio de un examen del resorte principal de donde surge la teoría de Comte, reivindicar semejantes derechos para el modo de pensar metafísico.

Principiaremos con una breve descripción de la ley de los tres estados cuanto a su aspecto epistemológico. El propósito inicial y fundamental de Comte era analizar el modo de pensar científico. Hallo por un estudio prolongado de las ciencias que el científico procede suponiendo hipótesis que luego somete al criterio de la naturaleza. Las hipótesis las deriva de unas observaciones en que ha notado alguna regularidad en los eventos naturales. Mas como estas observaciones cundidoras de hipótesis reposan a la par sobre observaciones y demás hipótesis se ve que ha de haber sido un tiempo en que el hombre miraba la naturaleza desprovisto de hipótesis y desprovisto, por lo tanto, del modo científico de ver la naturaleza. De qué, entonces, se servía el hombre para explicarse el mundo exterior? Hay que acordarse que la regularidad de los fenómenos, aunque sea un hecho fundamental, no es reconocible de primera vista. Es cierto que el inmenso trasfondo del universo demuestra una regularidad inquebrantable, pero precisamente por ser inquebrantable escapa a la noticia del hombre cuya atención es llamada primero por lo cambiadizo e irregular. En principio son los fenómenos meteorológicos lo que ocupan su atención y estos demuestran la mas grande irregularidad, tanta que sólo de nuestros dias, armados con la estadística, hemos hecho una tentativa de someterlos a la matemática.

Esta irregularidad la atribuye el hombre primitivo a una causa antojadiza como es su propia voluntad. Se imagina que son dioses los que detrás de las apariencias ahora se enojan ahora se contentan para enviarnos o turbulencias desgarradoras o brisas frescas y calmadas. Y tan natural es este modo de pensar que no lo sospecha defectuoso hasta no ir poco a poco cayendo en la cuenta de que hay regularidades en los fenómenos y estas no pueden ser efecto de un capricho divino. Es cuando, entonces, pasa a un modo de explicación causal.

La explicación causal, tal que yace debajo de las teorías modernas científicas, y digo por 'modernas' las newtonianas y no las contemporáneas,

es supuesta ser determinista. Como tal, siguiendo el ritmo notado en la tercera antinomia de la razón pura de Kant, tiende a suprimir la suposición de una libertad caprichosa. Diría un hegeliano que la suprime dialécticamente, entendiendo por esta frase que tiende a reaparecer y mismo a implicarse en la afirmación de determinismo. Pero Comte no era un hegeliano y es de suponer que sólo vió que la causalidad excluía la libertad y lo caprichoso y por lo tanto vió una simple contrariedad entre ambos, contrariedad que necesitaba mediarse por una posición que participara de la regularidad de la ciencia y lo ultramundano de los dioses de la teología. Esta la encontró en la metafísica que todo lo explicaba por medio de las "esencias" de las cosas.

Sin duda ignorara Comte el largo desarrollo de la filosofía esencialista durante la época neoplatónica y la edad media hasta el renacimiento. La filosofía moderna en general se basa sobre una refutación del escolasticismo renacentista en que jugaban dos opiniones contradictorias, la una que las esencias de cosas materiales fuesen perfecta y directamente concebibles y la otra que la explicación por medio de la esencia de una cosa daba la explicación cabal de un fenómeno, ambas suposiciones a mas de ser falsas y hasta ridículas, están contradichas por los escritos de los autores de mas respeto en la edad media, tal un Tomás de Aquino. (3) Comte se enfrentaba con la explicación ridiculizada por Molière, que el opio duerme a uno porque tiene la virtud soporífica. Esta explicación o mas bien dicho mueca de explicación no era otra cosa que una petición del principio tan obvia que ni necesitaba refutarse. Sustituyó Comte una explicación causal y expulsó estas "esencias" de la ciencia.

Pero tanto como ignoraba las matices del esencialismo medieval ignorara también las distinciones que manejaba el Aquinatense al hablar de causa. Para Aquino la causa o es necesaria o es contingente, es incapaz de ser impedida en su acción la causa o es impeditible. Si es incapaz de impediación es necesaria la causa, porque necesaria es la causa que no puede no producir su efecto. Si es impeditible es contingente y aun si se considera una causa suficiente, si es capaz de ser impedida, es contingente porque puede producir y no producir su efecto. (4) La existencia de causas impeditibles es a la raíz del contingentismo de Aquino y no sólo de Aquino sino de otros aristotélicos cual Alejandro de Afrodias que tambien ve en la impeditibilidad de una causa su defectibilidad. (5) Una tal causa impeditible produce su efecto no siempre sino sólo en la mayoría de los casos de su aplicación. En una minoría de casos falla y produce un efecto menguado y defectuoso. Y aún así puede considerarse a los ojos del Aquinatense una causa suficiente. Dice en su comentario sobre el *Peri Hermeneias* de Aristóteles, obra que data del último decenio de su vida, que el fuego es una causa suficiente para encender leña, pero se puede impedir echando agua en la leña. (6) Y es de saber que tal falta de universalidad en los fenómenos naturales era el fundamento de la resistencia escolástica contra la matematización de los fenómenos naturales. Sólo admitían la matematización de los fenómenos celestiales y la luz, que emanaba de los astros, pues sólo estos fenómenos los consideraban, aunque por razones erróneas, regirse con un determinismo perfecto.

La interpretación de la causa suficiente como una causa contingente y no necesaria desaparece con Hobbes para quien es absurdo una causa que no causó nada. Para él causa es que tiene efecto y la causa completa, ya que puede impedirse una causa parcial, es siempre productora de un efecto. Resulta así que sólo son causas las necesarias. Los fenómenos naturales todos se desarrollan con perfecta universalidad y, aun a pesar de las protestas de Hume, se sigue considerando la causa de nuestros días como causa necesaria al menosprecio casi completo de la causa contingente.

La supresión de la causa contingente conduce la mente moderna a una alternativa tan fatal como es falaz. O se salva la regularidad de los fenómenos naturales por la suposición de una causalidad infalible y universal o se entrega al albedrío de la libertad, perdiendo así la regularidad de los fenómenos. Tal es la disyuntiva que se presenta en la tercera antinomia de Kant y optan Kant y los modernos por la causalidad determinista a expensas de la libertad.

Al escoger el determinismo también suprimen el esencialismo porque conocieron unicamente la forma renacentista de esta doctrina e interpretaron el aristotelismo a base de sus propios conceptos que le eran en realidad ajenos. Esta falsificación los hizo pensar que la esencia o forma de las cosas era una sustancia completa y espiritual que habitaba dentro de la cosa material como un espanto en una casa abandonada, concepto para lo cual no hay ni el mínimo fundamento en los textos aristotélicos, averroistas o tomistas. Sin embargo, para suprimir totalmente la causalidad interior de las esencias la filosofía moderna esgrimió la causalidad determinista que todo lo explica por causas extrínsecas.

Todo esto va muy bien hasta que lleguemos al siglo presente en que recientemente se ha llegado a convencerse en el seno del positivismo mismo del contingentismo radical del universo y hasta enunciar, en contradicción exacta y directa de la formulación determinista del principio de causalidad que no todo lo que llega a ser es causado. Esta convicción, que participa el positivismo actual con varios autores marxistas, descansa sobre las especulaciones hechas en torno a la teoría de quantum. Y lo curioso es que coincide con Sto. Tomas al formular así el principio de causalidad, porque reiteradamente dice el filósofo medieval que no todo efecto (diríase evento) tiene una causa. (7)

La gran diferencia entre el positivismo y la teoría esbozada en la obra de Sto. Tomas es que el positivismo al igual que Ciceron en su *De Fato* deja intacta la cuestión porqué, si no todo es causado, ciertas cosas lo son y otras no. Si esta pregunta no se da contestación la mente quedará perpleja y confusa y el valor del principio de causalidad será nulificado. Diría el positivista que esta pregunta es de las que no deben plantearse y se enreda en otro interrogativo — cuales son las que se deben preguntar? Y si contesta, "Las que no podemos responder son las que no debemos poner", nos quedaremos con que sólo podemos poner cuestiones que podemos contestar, con lo cual habremos nulificado todo el proceso de interrogar y, por lo tanto, toda la empresa filosófica.

Si por otra parte, espantados por este embarazo y temiendo contaminarse por un contacto con el tomismo buscan el retorno al determinismo hallarán el puente interrumpido. El determinismo postula que toda causa es necesaria. Esta noción de causa no se puede identificar con ningún elemento separable del complejo enjambre de la sensación, porque cada elemento separable del conjunto del proceso cósmico es impeditivo. Se hallará, o por lo menos se da la posibilidad de que se halle, que este elemento se frustra y no es seguido por su habitual efecto. Para que un tal elemento sea de veras causa requiere integrarse con otros elementos necesarios para formar una causa dizque "completa" que, si son finitos y numerables los elementos que la componen, será también impeditivo y no alcanzará las exigencias de una causa necesaria. Sólo será necesaria la causa que en efecto ha sido causa y ésta se compondrá de la totalidad de elementos contenidos en el estado cósmico justo anterior al momento en que el efecto viene a la existencia. El mundo se gobernará, como lo dijo Fichte, de modo que si la piedra arrojada por el mar turbulento a la playa hubiera caído un metro más tierra adentro, el curso entero de los astros hubiera tenido que ser totalmente cambiado desde un principio. En un tal universo, estrechamente interconexo, es imposible encontrar un elemento singular y separable que serviría para instanciar el concepto de causa. Pero tal elemento singular es lo que exige el concepto de causa, pues causalidad es concepto que sirve para constituir la experiencia como lo reconoció Kant. Lo absurdo del determinismo es que pierde esta exigencia fundamental del principio de causalidad. Pero no es menos absurdo el contingentismo que rehúsa explicarnos cuando se usa el principio de causalidad y cuando no.

La obra de Aristóteles nos proporciona los elementos de una solución que escamotea los extremos del determinismo clásico moderno y el incierto indeterminismo del positivismo actual. Para Aristóteles lo no causado es lo accidental en el sentido de lo que ocurre infrecuentemente. Lo causado es lo que se hace por la mayor parte del tiempo. Así lo accidental en vez de ser algo es el fallo de algo, la falta y ausencia de lo debido y por eso dice Aristóteles que aproxima el no ser.

No es que lo accidental sea por esencia malo — ocurren accidentes, cual las "mutaciones con éxito" de la biología moderna que redundan en un bien — pero por carecer de regularidad y repetibilidad lo accidental es sin causalidad propia, aunque resulte por una combinación inesperada de efectos con causalidad propia y regular. Y se aproxima al no ser porque el accidente no es algo que existe sino el defecto de algo. Un mamífero cuyos testículos no bajaron al escroto padece un defecto porque resulta estéril. Y no es algo que tiene sino la falta de algo justo como la ceguera no es en realidad algo sino la falta de algo. Igualmente un mamífero que nace con un paladar sin cerrar padece el defecto de algo y es incapacitado para mamar. Dicho de otra forma un tal animal tiene un no algo, un no ser. En cambio lo que llega a ser por la mayor parte tiene un ser, es algo. Es la culminación de la eficacia de una causa que no fué impeditiva ni frustrada. Es y existe plenamente dentro de los límites de su posibilidad de existencia. Y como todo lo que es es algo, posee una algo-idad, una esencia o naturaleza que es la fuente interior de su existencia actual.

Se cree haber deshecho el fundamento de las esencias aristotélicas con haber demostrado que no se conocen. Tal argumento, aunque sea eficaz contra el escolástico renacentista y embarazoso para gran parte de los tomistas actuales, carece en realidad de fundamento. No hemos de aquilatar la realidad según nuestra facultad de conocerla so pena de reducirla al exiguo radio circundante de nuestras cabezas. Además Ammonius, Escoto Eriugena y Tomas de Aquino afirman que no conocemos las diferencias esenciales de las cosas sensibles. (*) Serían acaso ellos positivistas? Mas probable parece que el fundamento para creer en la existencia de esencias dentro de los individuos sensible fuese otro de lo que lo sospecha el positivismo.

En efecto es así. El problema de la esencia fue enunciado por Empédocles en su fragmento — “No hay nacimiento (physis) en las cosas mortales sino mezcla y disolución de lo mezclado. ‘Naturaleza’ es un nombre inventado por los humanos.” El filósofo de Akragas anticipaba a Hobbes por unos dos mil años y con más certero argumento. Si no hay entre las cosas de este mundo verdadero tránsito del no ser al ser, engendramiento de seres nuevos que no existían antes, no habría en ellos interioridad sino que serían los juguetes de las fuerzas cósmicas, las cuales representaba Empédocles bajo el nombre incierto del azar. Carecerían de ser propio y como tales no serían propiamente algo. Tal es la situación del individuo en el mundo sensible que nos rodea y en que estamos puestos nosotros, si es verdadera la opinión de Empédocles y Parménides que nada llega a ser de nuevo. Cuando Aristóteles encontró el modo de resolver el problema parmenideano y afirmar la realidad del tránsito del no ser al ser para las cosas particulares, se vió claro el camino para afirmar la existencia de una esencia e interioridad de estas cosas. Por eso reitera Sto. Tomás en su comentario, sobre la física de Aristóteles que para los pre-socráticos no había diferencia esencial entre el artefacto y la cosa natural y que para ellos sólo la materia de un ser natural era naturaleza. Por eso el segundo libro de la Física empieza definiendo la naturaleza como principio o causa interior de las cosas naturales.

¿Qué impediría el caos perfecto en un universo contingente sin esencias? ¿Que prestaría regularidad a los fenómenos si esta no es impuesta desde afuera por una rígida cadena de causas extrínsecas? La cuestión al fondo de la filosofía de Empédocles y de los positivistas actuales es si es posible un universo en donde únicamente juega el azar. La respuesta es que no, porque lo azaroso, lo fortuito, lo accidental existe solamente como una excepción imprevisible. Si nada fuese previsible, nada sería comprensible, nada regular. Desde el momento en que aparece una regularidad hay algo que ocurre y podemos buscarle su causa.

Y si la causa extrínseca no lo determina todo, ¿por qué hay que asumir a fuerzas una esencia? Esta pregunta se la puede contestar por medio de un ejemplo. De entre todas las flores la crysantémum sola florece en el otoño. Han encontrado los científicos que dentro de esta flor hay un “mecanismo”, como lo dicen ellos, que actúa como el gatillo de un revolver y dispara el florecimiento cuando la planta es expuesta a más horas de oscuridad que de sol en un periodo de 24 horas. Tal “gatillo”, siguiendo la metáfora moderna, no es la esencia de la crysantémum. La esencia no nos

puede aparecer en una realización particular de la planta porque la esencia es la base próxima de las posibilidades todas de la planta, de su florecimiento y de su no florecimiento, y nunca puede equipararse con una realización parcial de ellas. La esencia de un ser material es un poco como lo que Ortega y Gasset dijo son los bosques en su **Meditaciones del Quijote**. Son incapaces de aparecer. No es este "gatillo" la esencia de la flor y tampoco es esta esencia un espíritu desligado de la materialidad de la flor sino el "gatillo" es un signo certero de la esencia. La peculiaridad de la reacción de la crysantémum se explica por algo dentro de su ser, no por algo meramente extrínseco y si no fuera por la defectibilidad de parte de tales causas y extrínseca e intrínseca, el florecimiento de la flor seguiría con una necesidad absoluta. Es decir, sin causa intrínseca es necesario e ineludible el recurrir a un determinismo por medio de causas extrínsecas, pero la cooperación de causa intrínseca y extrínseca, bien que compatible con un determinismo no lo implica necesariamente y se halla más cómodo con un contingentismo.

El contingentismo que se describe aquí es el que se apoya en las esencias o naturalezas para escapar de la incoherencia del positivismo actual. De esta suerte no solo preserva lo mejor del positivismo, que era la conquista definitiva de un modo científico de pensar que no buscaba una fácil salida en esencias que no podían conocerse, sino reinstaura en su lugar propio el concepto de esencia. Es un contingentismo esencialista y vive plenamente satisfecho con el mundo científico de la actualidad y con las esencias del aristotelismo, curioso maridaje insospechado.

Pero es más. El contingentismo esencialista se encuentra más en casa con el mundo científico de hoy que el positivismo y el marxismo actuales, porque no se obstina en rechazar los conceptos medievales en su enteridad. Por lo tanto, puede echar mano a la distinción aristotélica entre causa necesaria y causa contingente para demostrar la base de los hechos que fundamentan la teoría de quantum y especialmente el principio de indeterminabilidad de Heisenberg, que las causas de este mundo son contingentes. La razón de esto es que en la teoría de quantum se supone un trayectorio regular para el electrón, trayectorio que es interrumpido por el foton de luz que necesariamente lo pega en el acto de observación. La causa de la regularidad del electrón no es necesaria porque entonces sería inimpedible. Pero es impedido. Por lo tanto, es una causa contingente.

Por lo menos, entonces, sabemos que el mundo es contingente. En la actualidad no se puede afirmar la existencia de causas necesarias y es aquí quizá donde más obviamente el contingentismo esencialista aquí propuesto difiere de el propuesto por Aristóteles y Sto. Tomás. Ambos creían con un índice diferente de probabilidad que los cielos eran eternos y poseían una regularidad ininterrumpida. El Aquinatense expresa dudas acerca de esto pero son dudas en el orden epistemológico nada más. Puede ser, dice, que los cielos cambian muy lentamente y no nos hemos percatado de su cambio en el tiempo que los venimos estudiando. (1) El escolasticismo moderno, sin embargo, caminaba directamente hacia un universo en que no hay de nada causas necesarias proponiéndose demostrar la no-incorruptibilidad de los

astros. ⁽¹⁰⁾ (La cuestión de la existencia de Dios, que sería el ser necesario con respecto al mundo contingente no se puede tratar dentro de los límites de este ensayo y tiene que posponerse.) De esta suerte el contingentismo esencialista hasta los puntos delineados aquí y dentro de los límites de lo que es evidente por medio de ellos se impone como la filosofía de nuestro tiempo. Su tarea es de tentar de concertar las intuiciones diversas de los sendos filósofos de nuestro siglo, aun de los que no asumen una base contingentista o esencialista, con tal de formarse una visión del mundo y del hombre y su destino.

El primer fruto del contingentismo esencialista sería necesariamente el de vencer la oposición tradicional entre escolasticismo y positivismo, oposición que en la América Latina metió una cuña de incomprendibilidad entre los dos principales grupos intelectuales y, según nos cuenta Leopoldo Zea, formó parte del esfuerzo del latinoamericano de suprimir su pasado español, católico y escolástico. Pero suprimir lo pasado es imposible. Hay que vivirlo plenamente hasta que se agote naturalmente y al morir de a luz a una nueva forma para la cual era la preparación. Suprimir así como se hizo en México era interrumpir el desarrollo normal y, por lo tanto, abortarlo. Pero la redención de la situación consiste propiamente en que hay posibilidad de re-integración desde una perspectiva nueva. El contingentismo esencialista reconoce la existencia de esencias, y así salva lo esencial de la escolástica tomista. Pero al declarar lo que es no solamente la verdad sino también la auténtica posición de Sto. Tomás, a saber que las esencias de los seres naturales no son conocibles para los humanos, niega una espuria explicación de los fenómenos por medio de sus esencias lo mismo que el positivismo y se fía a la explicación por medio de teorías matemático-físicas.

Porque re-integra así dos posiciones antagónicas y ayuda a vivir el pasado en su sentido actual, porque pretende demostrarse a base de los hechos supuestos por el principio de indeterminabilidad, y por estar libre de incoherencia interna, el contingentismo esencialista se recomienda a la mente del americano de este siglo.

1. José Vasconcelos, *Obras Completas*, volumen I, p. 41.
2. *Ibid.*, p. 40.
3. *De Ente et Essentia*, cap. 5, n. 31; *De Spiritualibus Creaturis*, art. 11, ad 3.
4. Sto. Tomas de Aquino, *In Aristotelis Peri Hermeneias*, lectio 14, n. 183.
5. Alejandro de Afrodisias, *De Fato, Supplementum Aristotelicum*, Vol. II, pars II (Berlín, 1892) p. 168, line 5.
6. *In Aristotelis Peri Hermeneias*, lectio 14, n. 186.
7. *Summa Theologiae*, I Pars, quæst. 115, art. 6.
8. Cf. Nota 3 supra.
9. Sto. Tomas, *Commentarium in Aristotelis De Cælo*, Lib. I lectio 7, n. 76.
10. Cf., Bernabe Navarro, *La Introducción de la Filosofía Moderna en México* (México, 1948), p. 98.